



## Eucaristía de Clausura del Congreso sobre la Catedral

A la pregunta de la samaritana por el lugar donde se ha de dar culto a Dios responde Jesús que ha llegado la hora de dar a Dios Padre el verdadero culto en espíritu y en verdad, que no está vinculado a un lugar o templo material, porque Dios es espíritu.

Poco antes de esta escena ha narrado el Evangelio de Juan la purificación del templo de Jerusalén por Jesús, que echa fuera a todos los que han convertido la casa de su Padre en un mercado de animales y ofrendas para el culto. Con esta acción nos indica lo que no es verdadero culto en espíritu y en verdad. Y nos da también una primera indicación sobre la nueva realidad del templo espiritual, en el que el Padre desea recibir el verdadero culto: este nuevo templo es el propio cuerpo de Jesús, destruido por la muerte y levantado en tres días por su resurrección. Es el nuevo templo construido sobre *“la piedra que desecharon los constructores”*, que *“se ha convertido en piedra angular”*.

Los que creen en la palabra de Jesús, y renacen del agua y del Espíritu, están en comunión con Jesús, el Señor y Mediador de la nueva Alianza. Con la aspersion purificadora de su sangre (cf. Heb 12, 22-24) han sido constituidos como *“una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que los llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa”* (1 Pe 2, 9).

Cada uno de los miembros de este nuevo pueblo sacerdotal de Dios, acercándose *“al Señor, la piedra viva... escogida y preciosa ante Dios... como piedras vivas”*, entran *“en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo”* (1 Pe 2, 4-5).

Este nuevo templo del Espíritu es el Cuerpo de Cristo, integrado por todos los miembros que han sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo; a él pertenecen todos los que han bebido de un solo Espíritu (cf. 1 Cor 12, 12-13), siguiendo la invitación de Jesús: *“El que tenga sed, que venga a mí y beba... de sus entrañas manarán ríos de agua viva”* (Jn 7,38).

En este nuevo templo espiritual podemos reconocer el lugar anunciado por Jesús a la samaritana, en el que el Padre recibe el culto espiritual que le agrada, ofrecido por aquellos que han bebido el agua viva de Jesús, que se ha convertido dentro de ellos *“en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”* (Jn 4,14).

El Apóstol Pablo ha completado esta enseñanza diciendo a los corintios: *“Sois edificio de Dios”*, construido sobre el cimiento de Cristo. *“Sois templo de Dios”*... *“y el*



Carlos López Hernández

*Espíritu de Dios habita en vosotros*”.(1 Cor 3, 9.11.16). Y ha recordado a los cristianos de Éfeso: *“Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros os vais integrando en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu”* (Ef 2, 20-22).

El culto en espíritu y en verdad es el que Jesús ha ofrecido al Padre, según declara la carta a los Hebreos: *“Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”* (Heb 10, 6-7). En efecto, Jesús ha permanecido en comunión con el Padre, en obediencia fiel por amor hasta la muerte de cruz. *“Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su obediencia filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec”* (Heb 5, 7-10). Jesús se ofreció a sí mismo de una vez para siempre (cf. Heb 7, 27). *“Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive para siempre para interceder a favor de ellos”* (Heb 7, 24-25).

La intercesión eterna de Jesús, presentando a Dios el sacrificio de su vida, es el culto perfecto en espíritu y en verdad, que a Dios agrada, porque Jesús está en el Padre y el Padre está en él; porque las obras de Jesús son las obras del Padre (cf. Jn 14, 10-11) Y Jesús asegura sus discípulos: *“el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago...porque...lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré”* (Jn 14, 12-13). En comunión con Jesús también los discípulos pueden ofrecer al Padre el culto de su amor obediente y fiel en espíritu y en verdad.

El culto en espíritu y en verdad se hace actual en la eucaristía, que Jesús instituyó y nos mandó celebrar en memoria de la entrega de su cuerpo por nosotros y de la nueva alianza sellada con su sangre para el perdón de los pecados (cf. 1 Cor 11, 23-25; Mt 26, 28). *“Por eso - escribe san Pablo - cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva. De modo que quien coma del pan y beba del cáliz del Señor indignamente, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor.”* ( 1 Cor 11, 26-27).

En efecto, el pan que partimos es comunión con el cuerpo de Cristo y el cáliz que bendicimos es comunión con la sangre de Cristo; así formamos un solo cuerpo todos los que comemos del mismo pan (cf. 1 Cor 10, 16-17). Todos nosotros somos el cuerpo de Cristo y cada uno somos un miembro; y Dios organizó el cuerpo para que no haya división, sino para que todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él (cf. 1 Cor 12, 24-27). En consecuencia, *“si cuando vas a poner tu ofrenda sobre*



Carlos López Hernández

*el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte a con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda” (Mt 5, 23-24).*

Además, la eucaristía es el culto en espíritu y en verdad de forma más significativa cuando el cuerpo de Cristo recibe y cuida el desarrollo de los dones, carismas, ministerios y actuaciones diversas que Dios mismo suscita con su Espíritu entre los miembros del cuerpo para el bien común (cf. 1 Cor 12,4-11; 27-30).

La eucaristía ofrece a los fieles el acceso a las fuentes de la vida cristiana en la escucha de la Palabra de la verdad y en la comunión del pan de la vida; y les hace posible llevar a plenitud su vocación sacerdotal y su culto en espíritu y en verdad, según la exhortación del apóstol Pablo en la carta a los romanos: *“Os exhorto, pues, hermanos, ...a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro sacrificio espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom 12, 1-2).*

El misterio del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, encuentra su representación simbólica en el edificio visible de la catedral, templo primero de la Iglesia diocesana, en el que la comunidad de los fieles, con sus presbíteros, es reunida por su Obispo en el Espíritu Santo, por medio del Evangelio y la Eucaristía, para constituir una Iglesia particular, en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica (cf. ChD 11). Por ello, la catedral es el lugar visible primero del culto de la Iglesia particular en espíritu y en verdad, a través del cual es santificada y edificada en el Espíritu como cuerpo de Cristo; por ello, la catedral es la casa madre de la Iglesia diocesana y símbolo de comunión con la Iglesia universal.

Como piedras vivas del templo del Espíritu, damos gracias a Dios por el don de esta Catedral y le presentamos en esta Eucaristía toda nuestra existencia para que la santifique y la acepte como sacrificio espiritual, en honor y alabanza de su gloria.